

GIBRÁN KHALIL GIBRÁN
NINFAS DEL VALLE
(1948)

MARTA
I

El padre de la niña murió cuando Marta estaba todavía en la cuna y su madre falleció antes de que la niña cumpliera diez años de edad. Fue a vivir sus años de orfandad en la casa de un pobre vecino, que con su mujer y sus hijos, vivía de los frutos de la tierra en una pequeña y aislada aldea, en uno de los hermosos valles del Líbano.

Al morir el padre de Marta, por toda herencia le dejó su nombre y una pobre cabaña que se alzaba entre nogales y álamos. De su madre sólo había hererado lágrimas de dolor y su orfandad total. Vivió como una extranjera en la tierra que la había visto nacer, sola entre árboles frondosos y altas rocas. Cada mañana, la niña caminaba descalza, vestida de harapos, e iba a ordeñar a las vacas a una región del valle donde el pasto era rico, y allí se sentaba la niña a la sombra de un árbol. Canta con los pajarillos y lloraba con el arroyo, mientras enviciaba a las vacas por disponer de abundante comida. Contemplaba las flores y el revoloteo de las mariposas. Al hundirse el sol en el horizonte el hambre se apoderaba, de ella, y volvía a la cabaña, a sentarse junto a la hija de su tutor, y a comer una escasa ración de pan de maíz, con un poco de truta seca y frijoles humedecidos en vinagre y aceite de oliva. Después de la frugal cena, extendía pa a seca en el: suelo, en un rincón, y se acostaba, reposando la cabeza en sus brazos. Luego se dormía y suspiraba, y deseaba que la vida` fuera un sueño largo y profundo, sin ensueños y sin despertar. Cerca del alba, su tutor la despertaba bruscamente para que lo sirviera, y la niña despertaba temblando de miedo por la dureza y la ira de su tutor. Así pasaron varios años en la vida de Marta, la desventurada, entre aque.llas distantes colinas y apartados valles.

Pronto comenzó a sentir la niña en su corazón el despertar de emociones que hasta entonces no había tenido; era como estar conciente del perfume del corazón de una flor. Extraños sueños y pensamientos se arremolinaban en ella, como un rebaño que cruzara un río. Despertaba en ella la mujer y parecía tierra fresca y virgen preparada para recibir la semilla del conocimiento, y para sentir las huellas de la experiencia. Era una muchacha retraída y pura, a la que un decreto inescrutable del destino había exiliado en aquella granja apartada, cuya vida se regía en todas sus fases con las estaciones del año. Era como una sombra de un dios desconocido, que residiera entre la tierra y el sol.

Los que hemos pasado la mayor parte de nuestra existencia en ciudades llenas de gente sabemos muy poco de la vida de quienes habitan en los pueblos y en las aldeas apartadas del Líbano. Nos arrastra la corriente de la civilización moderna. Hemos olvidado -o por lo menos así lo pensamosla filosofía de esa vida hermosa y simple, llena de pureza y de candor espiritual. Pero si volviéramos la mirada hacia esa -vida, la veríamos sonreír en lá primavera, la veríamos durmiendo la siesta al sol del verano; la veríamos cosechar en el otoño, y reposar en el invierno, y la consideraríamos como a nuestra madre naturaleza en todos sus estados de ánimo. Somos más ricos en bienes materiales que aquellos aldeanos; pero el espíritu del campesino es más noble que el nuestro. Nosotros sembramos mucho, y no cosechamos nada; en cambio, todo lo que ellos siembran lo cosechan. Nosotros, los

que vivimos en la ciudad, somos esclavos de nuestros apetitos; ellos, son los hijos de la alegría simple. Nosotros bebemos en la copa de la vida un líquido enturbiado con amargura, desesperación, temores y hastío. Ellos beben el claro vino de la vida sencilla.

Marta llegó a la edad de dieciséis años. Su alma era un reluciente espejo que reflejaba toda la hermosura de los campos, y su corazón era como los anchos valles, que repetía, como el eco, los sonidos dulces. Naturaleza.

Un día de otoño, en que el campo parecía lleno de tristeza, la muchacha se sentó junto a un arroyo, sintiendo que su alma estaba libre de la prisión terrenal, como los pensamientos de la imaginación de un poeta, y contemplaba la danza de las hojas amarillas conforme iban cayendo de los árboles. Veía cómo el viento jugaba con esas hojas, así como la muerte juega con las almas de los hombres. Observaba las flores marchitas, con sus corazones secos y rotos en mil pedazos. Las flores almacenaban sus semillas en el seno de la tierra, así como las mujeres esconden sus joyas en tiempos de guerra y disturbios.

Mientras la muchacha permanecía contemplando las flores y los árboles, compartiendo el dolor de las plantas en el otoño, oyó el sonido de cascos de caballos en las rotas piedras del valle. Volvió la cabeza, y vio que un jinete avanzaba lentamente hacia ella; sus arneses y su ropa hablaban de riqueza y bienestar. Aquel jinete desmontó y la saludó amablemente, con modales delicados que ningún hombre había tenido con ella.

-He perdido el camino que conduce a la costa. ¿Podrías indicármelo? -le preguntó.

La muchacha se puso en pie al borde del arroyo, erecta como una rama joven, y contestó:

-No lo sé, señor, pero iré a preguntarle -a mi tutor, porque él sabe.

Al pronunciar estas palabras, la muchacha sintió un poco de temor, y la timidez y modestia de su acento realzaron su juventud y su belleza. Ya se marchaba, cuando aquel hombre la detuvo con un ademán. El rojo vino de la juventud circulaba vigorosamente por sus venas, y su mirada cambió al decir: -No; no te vayas.

La joven permaneció en pie, con expresión de sorpresa, pues había sentido en aquella voz una fuerza que le impedía moverse. Miró furtivamente al caballero, que a su vez la miraba con atención; con una mirada que ella no podía entender. Luego, le dedicó una sonrisa-tan encantadora, tan tierna, que la muchacha sintió ganas de llorar. Aquel hombre posó una mirada afectuosa en los pies descalzos, en las delicadas muñecas, en el terso cuello, en el suave y espeso cabello. Notó, con creciente pasión, la bronceada piel soleada, y aquellos brazos, que la naturaleza había hecho fuertes. Pero la muchacha permaneció silenciosa y avergonzada. No quería irse, y, por razones que no lograba explicarse, tampoco podía hablar.

La vaca lechera volvió aquella tarde al establo sin su ama, pues Marta no regresó. Al volver su tutor de los campos, la buscó por todas partes, y no la encontró. La llamó por su nombre, pero no obtuvo más respuesta que los ecos de, las cuevas y el ulular del viento en las copas de los árboles. Volvió entristecido a su cabaña, y le dijo a su mujer lo que había pasado. La campesina lloró calladamente toda la noche, y decía, en medio de sus sollozos:

-La he visto en sueños, en las garras de una bestia salvaje, que rasgaba su cuerpo en pedazos, mientras ella sonreía y lloraba.

Tal es la historia sobre Marta cuando vivía en aquella hermosa aldea. Me la contó un viejo aldeano que la había conocido desde que era una niña. La muchacha había desaparecido de aquella comarca, sin dejar tras de sí, más que unas cuantas lágrimas en los ojos de una campesina, y un patético recuerdo que vagaba con la brisa de la mañana

sobre el valle, y que luego, como el aliento de un niño en el cristal de una ventana, se desvaneció para siempre.

II

Volví a Beirut en el otoño del año 1900, después de pasar mis vacaciones de estudiante en el norte del Líbano. Y antes de volver a mis estudios pasé una semana vagando alrededor de la ciudad en compañía de algunos camaradas, saboreando las delicias de la libertad, de la que los jóvenes están hambrientos, y que se les niega en sus casas y en las cuatro paredes de las aulas. En esa edad, y en tiempo de vacaciones, el joven es como un ave, que al encontrar abierta su jaula, vuela llena de júbilo, con el corazón lleno de trinos y de la alegría de la escapatoria.

La juventud es un bello sueño, pero su dulzura se ve esclavizada por el hastío de los libros, y su despertar es doloroso.

Acaso llegue un día en que los hombres sabios puedan unir los sueños de la juventud y el deleite del aprendizaje, como la confianza une a los corazones en conflicto. Acaso llegue un día en que el maestro del hombre sea la naturaleza, la humanidad, su libro, y la vida, su escuela. ¿Llegará ese día? No lo sabemos, pero sentimos la urgencia que nos impulsa hacia arriba, hacia el progreso espiritual, y ese progreso es comprensión de la belleza que existe en todo lo creado, mediante la bondad que existe en nosotros y la expansión de la felicidad mediante nuestro amor por esa belleza.

Aquella tarde, estaba yo sentado en el porche de mi casa, observando los movimientos de la gente y escuchando los pregones de los vendedores ambulantes, cada cual alabando la excelencia de sus mercancías y alimentos, cuando un muchachito se me acercó. Tendría unos cinco años de edad, vestía harapos, y en el hombro llevaba una bandeja llena de ramitos de flores. Con voz temblorosa y débil, como si fuera parte de su herencia de largos, sufrimientos, me pidió que le comprara unas flores.

Observé aquella carita pálida, donde brillaban unos ojos negros, oscurecidos con las sombras de la enfermedad y la pobreza; su boca era como una cicatriz abierta en un pecho herido; sus delgados brazos desnudos y su cuerpecito macilento se doblaban por el peso de la bandeja de ores, como un rosal marchito entre frescas plantas verdes. Vi todo esto de una sola mirada, y sonreí sintiendo lástima, con una sonrisa en la que había la amargura de las lágrimas. Una de esas sonrisas que nacen en la profundidad del corazón y afloran a los labios: si reprimimos estas sonrisas, se reflejan en nuestros ojos.

Le compré algunas flores, pero era su charla lo que quería yo comprar, pues sentí que en sus tristes miradas y en su lastimoso aspecto se escondía una tragedia: la tragedia de los pobres, que perpetuamente se representa en el escenario de los días. Al hablarle con palabras amables, se mostró amistoso; como si hubiera encontrado a alguien que le pudiera ofrecer un poco de protección y seguridad. Me miró asombrado, porque los de su clase sólo están acostumbrados a recibir malos tratos de los otros niños, que consideran a los muchachos de la calle como cosas despreciables, y no como a pequeñas almas heridas por las flechas de la desventura. Luego le pregunté su nombre.

-Fuad -contestó, con los ojos fijos en el suelo.

Proseguí:

-¿De quién eres hijo, y dónde está tu familia?

-Soy el hijo de Marta, mujer del pueblo de Ban.

-¿Y quién es tu padre? -le pregunté.

Movió la cabecita, como aquel que ignora quién es su padre.

-Entonces, ¿en dónde está tu madre, Fuad?

-En casa, enferma.

Estas escasas palabras salidas de los labios de aquel niño resonaron en mis oídos con acentos, familiares, y en mi más profundo sentimiento se formaron extrañas imágenes de melancolía, pues supe, en el acto, que la desventurada Marta cuya historia había yo oído de los aldeanos, vivía, enferma, en Beirut. Aquella muchacha que sólo ayer moraba entre los árboles y los valles, lejos del sufrimiento, estaba padeciendo las penalidades del hambre y del dolor en la gran ciudad. La muchacha huérfana que había pasado su niñez en diálogo con la naturaleza, cuidando de las vacas en los hermosos prados, había sido arrastrada por la marea de la corrupta civilización, para convertirse en presa de la miseria y el infortunio.

Al pasar estas ideas por mi mente, el niño seguía mirándome, como si viera con los ojos de su inocente espíritu el sufrimiento de mi corazón.

El muchachito hizo ademán de retirarse, pero yo le tomé la mano y le dije:

-Llévame donde está tu madre; quiero verla.

Me condujo por las calles, caminaba delante de mí silencioso y asombrado. De vez en cuando miraba hacia atrás, para comprobar si verdaderamente yo lo iba siguiendo. Sentía temor y pena. Caminé por sucias callejuelas donde el aire estaba turbio con el aliento de la muerte, y pasamos por casuchas donde los hombres viciados se entregaban a malas acciones tras las cortinas de la noche. Pasamos por callejones donde el viento silbaba como una serpiente, y yo caminaba detrás de aquel muchachito de tiernos años, de inocente corazón y mudo valor. Tenía el valor de los que están familiarizados con la maldad de una ciudad que en el Medio Oriente se conoce como "la novia de Siria", y "la perla de la corona de reyes". Por fin, llegamos a un suburbio miserable, y el muchachito entró en una morada humildísima, a la que el paso de los años había convertido en lastimosas ruinas.

Entré, detrás de él, sintiendo que mi corazón latía apresuradamente. Me vi en medio de un cuartucho en donde el aire era húmedo. Por todo mueble había una lámpara cuya débil, luz cortaba la oscuridad con amarillentos rayos, y un camastro cuya apariencia hablaba de la más extremada pobreza, de abandono y necesidad. En aquel camastro dormía una, mujer con el rostro vuelto hacia la pared, como si en ella quisiera refugiarse de las crueldades del mundo; o acaso viera en las carcomidas piedras un corazón más tierno y compasivo que el de los hombres. El niño se acercó a la mujer, gritando:

- ¡Madre! ¡Madre!

La mujer se volvió hacia nosotros y vio al niño, que me señalaba. Hizo un movimiento defensivo bajo los harapos que la cubrían, y con voz amarga por los sufrimientos de un espíritu en agonía, exclamó:

¿Qué quieres de mí, hombre? ¿Vienes a comprar los últimos restos de mi vida, para saciar tu sed de placer? Apártate de mí, pues las calles están llenas de mujeres dispuestas a vender sus cuerpos y sus almas a bajo precio. Yo no tengo que vender sino unos cuantos suspiros, que pronto comprará la muerte con la paz de la tumba.

Me acerqué a su lecho. Las palabras de aquella mujer llegaron a lo más profundo de mi corazón, porque eran el final de un relato triste. Le hablé, deseando que mis sentimientos fluyeran junto con mis palabras:

-No tengas temor-de mí, Marta. No he venido a verte como una bestia de rapiña, sino como un hombre triste. Soy del Líbano y he vivido mucho tiempo entre esos valles y aldeas, cerca de los bosques de cedros. No temas nada, Marta. La mujer escuchó mis palabras y supo que surgían de la profundidad de un espíritu que lloraba junto con ella,

pues tembló en su lecho como una rama desnuda ante el viento invernal. Se llevó las manos a la cara, como si quisiera ocultarse de aquel triste recuerdo, aterrador en su dulzura y amargo en su belleza. Tras un silencio y un suspiro, volvió a aparecer su rostro entre los hombros temblorosos. Vi sus ojos hundidos que parecían mirar algo invisible allí, en el vacío de aquella habitación, y vi que sus labios temblaban con desesperación. En su garganta roncaba ya la muerte, con un profundo y lastimoso lamento. Luego, habló con acento de súplica, debilitado por el dolor:

-Has venido aquí movido- por la bondad y la compasión, y si es verdad la compasión por los pecadores es un acto piadoso, y si la compasión por los que se han extraviado es meritoria, el Cielo te recompensará. Pero te ruego te alejes de aquí y vuelvas al lugar de donde vienes, pues tu presencia en este sitio arrojará, vergüenza sobre ti, y tu compasión por mí, te valdrá insultos y desprecio. Vete, antes de que alguien te vea en este cuarto manchado por los cerdos. Camina con premura y tápate el rostro con tu capa, para que ningún transeúnte pueda reconocerte. La compasión que sientes no me devolverá mi pureza, ni borrará mi pecado, ni apartará la poderosa mano de la muerte, que ya pesa sobre mí. Mi maldad y mis culpas me han arrojado a estas negras profundidades. Que tu compasión no te 'acarree escarnio. Soy una leprosa que vive entre las tumbas. No te acerques a mí para que la gente no te considere sucio y se aparte de ti. Vuelve ahora a aquellos sagrados valles; más no menciones mi nombre, pues el pastor rechazará a la oveja enferma, para que no se contaeie su rebaño. Y si algún día debes mencionarme, di que Marta, mujer del pueblo de Ban, ha muerto; no digas nada más.

Luego, tomó las manecitas de su .hijo, Y las besó tristemente. Suspiró, y volvió a hablar:

-La gente mirará a mi hijo con desprecio y burla, diciendo que es un retoño del pecado; dirán que es el hijo de Marta, la ramera; el hijo de la vergüenza y del azar. Dirán de las cosas peores, pues la gente es ciega, y no verá que su madre ha purificado su niñez con dolor y con lágrimas, y que le ha dado la vida con su tristeza y su infortunio. Moriré, dejándolo huérfano entre los hijos de la calle, solo en su existencia, sin piedad, con un terrible recuerdo como única herencia. Si es cobarde y débil, se avergonzará de este recuerdo; pero si es valeroso y justo, su sangre circulará con orgullo. Si el Cielo lo preserva y le da fuerzas para llegar a ser un hombre, el Cielo lo ayudará para luchar contra quienes le han hecho daño a él, y a su madre. Pero si muere y lo liberan del peso de los años, me encontrará en el, más allá, donde todo es luz y reposo, esperando su llegada.

Mi corazón me inspiró estas palabras;

-No eres leprosa, Marta, aunque hayas morado entre las tumbas. No eres impura, aunque la vida te haya colocado en las manos de los impuros. La impureza de la carne no puede llegar al espíritu puro, y los copos de nieve no pueden matar a las vivinetes semillas. ¿Qué es la vida, sino una era de tristezas donde las espigas de las almas se esparcen antes de dar fruto? Tengamos piedad del trigo que no cae en la era, pues las hormigas de la tierra se lo llevarán, y las aves del Cielo se lo llevarán, y ese trigo no entrará en los graneros del dueño del campo.

"Eres víctima de la opresión, Marta, y quien te ha oprimido nació en un palacio, y es grande por su riqueza, pero de alma pequeña. Eres perseguida y despreciada, pero más vale que una persona sea la oprimida, y no la opresora; y es mejor ser víctima de los instintos humanos, que ser poderoso para aplastar las flores de la vida y desfigurar las bellezas del sentimiento con los malos deseos. El alma es un eslabón en la cadena divina. El calor de la vida puede torcer este eslabón y destruir la belleza de su redondez, pero no

puede transformar su oro en otro metal; antes bien, el calor puede hacer que el precioso metal brille más. Pero ay de aquel que sea débil, y que permita que el fuego lo consuma y lo convierta en cenizas para que los vientos las esparzan sobre la faz del desierto. Sí, Marta, eres una flor aplastada por la plata del animal que se oculta en el ser humano. Pesados pies han pasado sobre ti y te han abatido, pero no han aniquilado esa fragancia que sube con el lamento de las viudas y el lloro de los huérfanos, y el suspiro de los pobres hacia el Cielo, fuente de la justicia y de la misericordia. Que te sirva de consuelo, Marta, saber que eres la flor aplastada, y no el pie que la ha aplastado.

Marta me había escuchado atentamente, y en su rostro brillaba un poco de consuelo, como las nubes cuando las iluminan los suaves rayos del sol poniente. Me invitó a sentarme al lado de ella. Así lo hice, tratando de leer en sus elocuentes facciones las ocultas sombras de su triste espíritu. Tenía la mirada de los que saben que están a punto de morir. Era la mirada de una muchacha aún en la primavera de la vida, que siente los pasos de la muerte aproximándose a su lecho. La mirada de una mujer olvidada, que hacía poco caninaba por los hermosos valles del Líbano, llena de vida y energía, y que en aquel momento, exhausta, sólo esperaba la liberación de los lazos de la existencia.

Tras un silencio conmovido, aquella mujer reunió sus últimas fuerzas y empezó a hablar; y sus lágrimas dieron un significado más profundo a sus palabras, pues parecía poner el alma en cada débil sollozo, y me dijo:

-Sí, soy una mujer oprimida; soy la presa del animal que vive en el hombre; la flor pisoteada... Yo estaba sentada al borde del arroyo, cuando él pasó, a caballo. Me habló amablemente y dijo que era yo hermosa, que me amaba y que nunca me olvidaría. También dijo que los grandes espacios eran sitios desolados, y que los valles eran la morada de las aves y de los chacales... Me tomó en sus brazos, me atrajo hacia su pecho, y me besó. Hasta entonces no conocía yo el sabor de los besos, pues era yo una huérfana desamparada. Me subió a la grupa de su caballo y me llevó a una hermosa casa solitaria. Allí me dio vestidos de seda, y perfume, y ricos manjares... Todo esto lo hizo sonriendo, -pero detrás de sus palabras dulces y de sus ademanes amorosos ocultaba su ujuría y sus deseos animales. Y cuando estuvo satisfecho con mi cuerpo y con la humillación de mi espíritu, se fue, dejándome una viva llama que fue creciendo suavemente. Luego, caí en esta oscuridad, fuente de dolor y amargas lágrimas... Así la vida se dividió para mí en dos partes: una débil y desamparada, y la otra más pequeña, que lloraba en los silencios de la noche, buscando volver al gran vacío. En aquella casa solitaria mi opresor nos dejó a mí y a mi niño de brazos, entregados a las crueldades del hambre, del frío y de la soledad. No teníamos más compañero que el, miedo, ni más consuelo que el llanto. Los amigos de aquel hombre acudieron a verme, y se dieron cuenta de mis necesidades y de mi debilidad. Acudieron uno tras otro, con la intención de comprarme con riquezas y de darme pan a cambio de mi honor... ¡Ah!, muchas veces estuve a punto de deliberar a mi espíritu con mi propia mano, pero no lo hice, porque mi vida ya no me pertenecía a mí sola; era también de mi hijo, que el cielo había apartado de su reino, así como la vida me había apartado y hundido en las profundidades del abismo.: Y ahora, está cercano el momento en que mi novio, el espíritu de la muerte, vendrá por mí tras larga ausencia, para llevarme a su blando lecho.

Después de un profundo silencio que fue como la presencia de invisibles espíritus, alzó la mirada hacia mí, una mirada en la que ya se observaban las sombras de la muerte, y con dulce voz continuó:

- ¡Oh, justicia, que estás oculta, tras estas imágenes aterradoras! Tú, y sólo tú puedes oír el lamento de mi espíritu que se va, y el clamor de mi corazón abandonado. A ti solo te

pido que tengas piedad de mí, para que con tu mano derecha protejas a mi hijo, y con la izquierda recibas mi espíritu.

Sus fuerzas menguaron y su respiración se hizo más débil. Miró a su hijo con dolorosa y tierna mirada, y luego bajó los ojos lentamente, y con voz que casi era un silencio, empezó a recitar:

-Padre nuestro, que estás en los cielos...

Dejó de oírse su voz, pero sus labios siguieron moviéndose un rato. Luego, todo movimiento abandonó a su cuerpo. Recorrió un estremecimiento a aquella mujer, suspiró por última vez, y su rostro se volvió intensamente pálido. El espíritu abandonó el cuerpo, y los ojos siguieron mirando lo invisible.

Al llegar el alba, el cuerpo de Marta fue puesto en un ataúd de madera, y llevado en hombros por dos personas de condición humilde. La enterramos en un campo desierto, muy lejos de la ciudad, pues los sacerdotes no quisieron orar sobre aquellos restos, ni permitieron que los huesos de Marta reposaran en el cementerio, donde las cruces son centinelas de las tumbas. No hubo más dolientes que acompañaran el cadáver hasta aquella alejada fosa que el hijo de Marta, y otro muchacho, al que las adversidades de la existencia le habían enseñado a ser compasivo.

EL POLVO DE LAS EDADES Y EL FUEGO ETERNO

I

OTOÑO DEL AÑO 116, A. C.

Era una noche silenciosa y todo ser viviente dormía en la Ciudad del Sol. Las lámparas de las casas esparcidas alrededor de los grandes templos, entre olivos y laureles, se habían apagado hacía mucho. La luna se alzaba en el horizonte, bañando con sus rayos la blancura de las altas columnas de mármol que se erguían como gigantescos centinelas en la noche tranquila, custodiando los santuarios de los dioses. Estos centinelas parecían mirar asombrados y temerosos hacia los picos del Líbano, que más allá se alzan majestuosos en las distantes alturas.

En aquella hora mágica que transcurría entre los espíritus de quienes dormían y los sueños del infinito, Natán, hijo del gran sacerdote, entró en el templo de Astarté. Llevaba en la mano temblorosa una antorcha, con la que encendió las lámparas y los incensarios. Se alzó en el aire el dulce olor del incienso y de la mirra, y la imagen de la diosa estaba adornada con un delicado velo, como el velo del deseo y la ansiedad que envuelve el corazón humano. Natán se postró ante el altar recubierto de marfil y oro, alzó las manos en ademán de súplica, y dirigió los ojos llenos de lágrimas hacia el cielo. Con voz ahogada por el dolor y rota por lastimeros sollozos exclamó:

- ¡Piedad, oh gran Astarté! ¡Piedad, oh diosa del amor y de la belleza! Ten piedad de mí y aparta la mano de la muerte de, mi amada, a la que mi alma ha escogido para cumplir tu voluntad. Las pociones y los polvos de los médicos no han surtido efecto, y los conjuros de los sacerdotes y de los sabios han sido en vano. Sólo me queda recurrir a tu sagrado nombre, para que me ayudes y me socorras. Escucha mi plegaria; mira mi contrito corazón y la agonía de mi espíritu, y permite que la que es parte de mi alma, viva para que podamos regocijarnos en los secretos de tu amor, y exultar en la belleza de la juventud, que proclama tu gloria... Desde las profundidades de mi ser clamo a ti, sagrada

Astarté. De la oscuridad de esta noche busco la protección de tu misericordia... ¡Escucha mi súplica! Soy tu siervo Natán, hijo de Hiram el sacerdote, que ha dedicado su vida al servicio de tu altar. Amo a una doncella a la que he escogido entre todas, pero los espíritus malignos han soplado en ella, en su hermoso cuerpo, el aliento de una extraña enfermedad. Han enviado al mensajero de la muerte para que la conduzca a sus encantadas cuevas. Este mensajero está ahora rugiendo como una bestia hambrienta cerca de su lecho. extendiendo sus negras alas sobre ella, y extendiendo sus garras para arrancarla de mi lado. Por eso he venido a suplicarte. Ten piedad de mí y déjala vivir. Es una flor que aún no ha vivido el verano de su existencia; un pajarillo cuyos trinos gozosos que saludan a la aurora se han interrumpido. Sálvala de las garras de la muerte, y te cantaremos alabanzas y quemaremos ofrendas para gloria de tu nombre. Traeremos víctimas a tu altar, y llenaremos tus vasos con vino y dulce aceite aromático, y esparciremos en tu tabernáculo rosas y jazmines. Ante tu imagen, quemaremos incienso y agradable áloe... ¡Sálvala, oh diosa de los milagros, y permite que el amor conquiste a la muerte, pues tú eres la reina del amor y de la muerte.

Natán dejó de hablar un momento, llorando y suspirando en su profundo dolor. Luego continuó:

- ¡Ay de mí, sagrada Astarté! Mis sueños son pesadillas, y el último aliento de mi vida se está aproximando; mi corazón está muriendo dentro de mí, y mis ojos se llenan de ardientes lágrimas. Sosténme con tu compasión y deja que mi amada permanezca conmigo.

En aquel momento, uno de los esclavos de Natán entró en el templo, se acercó lentamente a él, y le susurró al oído: -Señor, ella ha abierto los ojos, y te busca, pero no te ve. He venido por ti, pues te llama constantemente.

Natán se levantó y salió del templo con paso apresurado, seguido de cerca por su esclavo. Al llegar a su palacio, entró en la habitación donde yacía la joven enferma, y se detuvo a su cabecera. Le tomó la delgada mano y se la besó muchas veces, como si quisiera infundir nuevo aliento en aquel cuerpo enflaquecido. Volvió ella el rostro, que había estado oculto entre cojines de seda, lo miró, y en los labios de la enferma apareció la sombra de una sonrisa, lo único vivo que había quedado de aquel hermoso cuerpo; era como el último rayo de luz de un espíritu que ya se desprendía; como el eco de un lamento en un corazón que sentía próximo el fin. Habló, y su aliento era como el tenue sollozo de un niño hambriento.

-Los dioses me llaman, esposo de mi alma, y la muerte ha llegado para separarme... No sientas pesar, pues la voluntad de los dioses es sagrada, y las demandas de la muerte son justas... Me voy ahora, pero las copas gemelas del amor y de la juventud aún están llenas en nuestras manos, y las sendas de la vida gozosa se extienden ante nosotros... Me voy, amado mío, a la región de los espíritus, pero volveré a este mundo. Astarté devuelve a esta vida las almas de los amantes que se van a lo infinito antes de probar las delicias del amor y las alegrías de la juventud... Volveremos a encontrarnos, Natán, y juntos beberemos el rocío de la mañana en las copas de los narcisos, y nos regocijaremos al sol con los pájaros de los campos... ¡Hasta pronto, amado mío!

La voz de la muchacha se convirtió en un susurro, y sus labios empezaron a temblar como los pétalos de una flor con la brisa de la aurora. Natán la abrazó, mojando su cuello con amargas lágrimas. Al tocar los labios de Natán la boca de la muchacha, la sintió fría como el hielo. Lanzó el joven un terrible grito, rasgó sus vestiduras, y se arrojó sobre aquel cuerpo muerto, mientras el espíritu de Natán, en su agonía, estaba suspendido entre el profundo mar de la vida y el abismo de la muerte.

En la calma de aquella noche temblaron los párpados de los que antes dormían, y las mujeres del barrio sollozaron, y las almas de los niños sintieron miedo, pues la oscuridad y el silencio se llenaron de agudos lamentos, que se alzaron del palacio del sacerdote de Astarté. Al llegar la mañana, la gente buscó a Natán para consolarlo en su aflicción, pero no lo encontró.

Muchos días después, al llegar la caravana de Oriente, el guía relató que había visto a Natán allá lejos, en el desierto, vagando como un alma en pena, entre las gacelas.

Pasaron los siglos, y los pies del tiempo derrumbaron las obras de las edades. Los antiguos dioses se ausentaron de la tierra, y otros dioses los sustituyeron; eran dioses de furia, ávidos de ruinas y destrucción. Arrasaron el hermoso templo de la Ciudad del Sol, y destruyeron sus hermosos palacios. Sus otrora verdes jardines se secaron, y los fértiles campos se convirtieron en tierras desoladas. En aquel valle sólo quedaron ruinas, espectros del ayer que recordaban el débil eco de salmos cantados a las pasadas glorias. Pero las edades, al pasar y barrer las obras del hombre, no pueden destruir sus sueños, ni debilitar sus más hondos sentimientos y emociones; los sentimientos y las emociones son perdurables, como el espíritu inmortal. Acaso se escondan a veces; pero sólo se ocultan temporalmente, como el sol en el ocaso, o como la luna, cuando se acerca la mañana.

II

PRIMAVERA DE 1890

El día estaba muriendo, la luz se desvanecía mientras el sol recogía sus ropajes de las llanuras de Baalbek. Alí AlHusaini conducía su rebaño hacia las ruinas del templo, y se detuvo para sentarse en las caídas columnas. Parecían las costillas de un soldado que se hubieran dejado allí hacía mucho tiempo, rotas en la batalla y desnudadas por los elementos. Las ovejas se reunían en torno de él, paciendo, y sintiéndose protegidas por las melodías de su flauta.

Llegó la medianoche, y los cielos arrojaron las semillas del mañana en sus oscuras profundidades. Los párpados de Alí se sintieron cansados de los espectros de la vigilia. Su mente estuvo fatigada de las procesiones de seres imaginarios, marchando en el silencio profundo, entre aquellos muros en ruinas. Apoyó su cabeza en el brazo al sentir que el sueño se deslizaba por todo su cuerpo y suavemente cubría su insomnio con los pliegues de su velo, como una niebla ligera cuando toca la superficie de un calmado lago.

Olvidó así su ser terrestre-, y vio su ser espiritual; su ser oculto se llenó de ensueños que trascienden las leyes y las enseñanzas de los hombres. Apareció ante sus ojos una extraña visión, y se le revelaron las cosas ocultas. Su espíritu se desprendió de la procesión del tiempo que se apresura hacia la nada. Se erguió solitario ante las cerradas filas de pensamientos y encontradas emociones. Supo, o intuyó, por primera vez, las causas del hambre espiritual que atormentaba a su juventud. Era un hambre en la que se conjugaban todas las amarguras y todas las dulzuras de la existencia. Era una sed que hacía surgir en un solo grito la ansiedad y la serenidad de la plenitud. Era un anhelo que aun toda la gloria de este mundo no puede opacar, y el curso de la vida no lo puede ocultar.

Por primera vez en su existencia, Alí Al-Husaini sintió una extraña sensación ante las ruinas de aquel templo. Fue una sensación sin forma, el recuerdo de incienso saliendo de los incensarios. Un sentimiento obsesivo que tocaba las fibras de su espíritu como los dedos del músico, las cuerdas de su laúd. Y surgía aquella sensación del ámbito de la

nada; o acaso de sí mismo... Fue creciendo la sensación hasta que abrazó todo su ser espiritual. Sintió su alma invadida por un éxtasis -parecido a la muerte, en su oscuridad y en su dulzura, con un dolor grato en su amargura, acariciador en su dureza. Era algo que surgía de los vastos espacios de un minuto de duermevela. Un minuto que dio nacimiento a las formas de todas las edades, así como todas las naciones nacen de una semilla.

Alí miró el templo en ruinas, y su fatiga dio lugar a un despertar del espíritu. Percibió claramente, en su forma original, las ruinas del altar, y los lugares de las columnas caídas, y las bases de los muros derribados. Sus ojos se deslumbraron, y su corazón latió con fuerza; como si un ciego recobrara la vista, de pronto, y empezó a ver, y reflexionó. Y de aquel caos de pensamientos confusos, mezclado con la reflexión nacieron los fantasmas del recuerdo, y lo recordó todo. Recordó aquellos pilares cuando se erguían majestuosos y orgullosos; recordó las lámparas de plata y los incensarios rodeando la imagen de una diosa reverenciada. Recordó a los venerables sacerdotes llevando sus ofrendas ante el altar recubierto de marfil y oro. Recordó a las doncellas cantando alabanzas a la diosa del amor y de la belleza. Recordó todo aquello con certera claridad. Sintió que las figuras de las cosas dormidas cobraban vida, en los silencios de su profundo ser. Pero el recuerdo sólo le trajo formas confusas, y el recuerdo sólo nos trae los ecos de las voces que una vez oímos. Era más que un recuerdo; ¿cuál era el lazo de unión que juntaba esos recuerdos de una vida pasada, de un joven criado entre las tiendas, que había vivido la primavera de su existencia cuidando de su rebaño en los valles salvajes?

Alí se levantó y caminó entre las ruinas y las piedras rotas. Aquellos distantes recuerdos alzaron el velo del olvido en los ojos de, su mente, como cuando una mujer aparta una telaraña de su espejo. Así, pensando en estas cosas, llegó al centro mismo del templo, como si una atracción mágica hubiera guiado sus pasos. Y de pronto, vio ante él una estatua rota, que yacía en el suelo. Involuntariamente, se postró ante aquella imagen. Los sentimientos religiosos fluían en el interior de él, como la sangre de una herida abierta; sus latidos eran como las olas del mar, al levantarse y caer. Lanzó un suspiro, sintiéndose humilde y reverente, y lloró Alí, pues sintió una desoladora pena, una soledad inmensa, y una distancia aniquiladora, que separaban a su espíritu de aquel espíritu de belleza que estaba a su lado antes de vivir su vida actual. Sintió su esencia misma, como parte de una llama que Dios había separado de su ser antes del principio de los tiempos. Sintió el aleteo leve del alma en sus huesos presa de la fiebre, y en las silentes células de su cerebro sintió que un potente y sublime amor se apoderaba de su alma y de su corazón. Un amor que revelaba al espíritu las cosas ocultas del espíritu, y que separaba con su poder a la mente de las regiones de las medidas y de la pesantez. Un amor que oímos hablar cuando las lenguas de la vida están silentes; que contemplamos como un pilar erguido, como una columna de fuego, cuando la oscuridad oculta a todo ser y a toda cosa. Este amor y este ser infinito habían descendido al espíritu de Alí, y habían despertado en él sentimientos amargos y dulces a la vez, así como el sol da a las flores hermosura, pero también espinas.

¿Qué es este amor? ¿De dónde viene? ¿Qué pide a un joven que reposa junto a su rebaño entre los templos en ruinas? ¿Qué es ese vino que fluye por las venas de aquel a quien dejaron indiferente las hermosas doncellas?

¿Qué significaba ese amor y de donde provenía? ¿Qué quería Alí, que sólo se ocupaba de sus ovejas y de tocar la flauta, apartado de los hombres? ¿Acaso era algo sembrado en su corazón por las bellezas terrestres, sin que sus sentidos se hubieran dado cuenta? ¿O acaso era una brillante luz cubierta por el velo de la niebla, y que empezaba a iluminar el vacío de su alma? ¿O acaso era un sueño que había llegado en la quietud de la noche para

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

